

EXTRAÑOS BAJO LA LUNA ROJA



NACHO HERRERO

VALHALLA
EDICIONES



Parque regional de la Cuenca Alta del Manzanares Soto del Real

Le ha costado encontrar el recinto y ahora camina a pleno sol por un gran prado. El maletín no ayuda. La casa está a unos 500 metros, pero, antes de llegar, ve un grupo de unas diez personas bajo la sombra de un árbol. Decide acercarse a ellas para ver si J. J. está allí. Conforme se va acercando, puede distinguir que todos están sentados en el suelo, excepto un hombre, que les habla. Le vienen a la memoria las ilustraciones de sus viejos libros de religión de cuando era niña, recreando a Jesús dando un sermón en el Monte de los Olivos. Aunque cuanto más se acerca, menos similitudes ve en el grupo con esos viejos dibujos. El hombre que habla no lleva túnica, ni es un apuesto treintañero con barba. Y el grupo de sus discípulos está compuesto por hombres y mujeres vestidos todos con la misma camiseta. Todos excepto una mujer que está... ¿completamente desnuda? «Acabemos con esto lo más rápido posible, Mar», se dice a sí misma.

—Buenas tardes y disculpad que os interrumpa.

Mar espera miradas de reproche por parte del grupo. Pero, para su sorpresa, todos la miran de forma amable, con una sonrisa. Paradójicamente, esa actitud la inquieta.

—Todo lo que digas es importante. Eres bienvenida.

—Bienvenida.

—Bienvenida.

—No nos interrumpes. Habla con libertad.

—Bienvenida.

—Te escuchamos, porque lo que tienes que decirnos es importante.

—*Aloha.*

«Joder —piensa Mar—, esta gente da mucho yuyu». La mujer que está desnuda se levanta y la abraza. Mar la aparta de forma suave, se recompone y le pregunta al hombre que daba la charla al grupo:

—Disculpe, ¿es usted J. J.?

El hombre, sin abandonar la sonrisa en ningún momento, le responde:

—Oh, no, yo soy Esteban. J. J. es el dinamizador de «Conecta con tu esencia y sé tú mismo». Esto es el «Taller de ternura».

—¿Y dónde puedo encontrar a J. J.?

—Dentro de la casa. «Conecta con tu esencia y sé tú mismo» es con el grupo «Yo puedo». Dentro, en la sala Amanecer.

—No, Esteban —interviene la mujer desnuda—. Lo de la sala Amanecer es «Reconecta con tu esencia», pero J. J. está en *Conecta*, sin *Re*. Y ese grupo está en el salón Esperanza.

—Cierto, pero, sea como sea, ambas salas y ambos talleres se imparten dentro, aunque ahora no sabría decirle si en la planta de arriba o en la de abajo, me sabe mal.

—No importa —responde Mar—. Ya me apaño, muchas gracias.

—¿No quieres quedarte?

—Tengo prisa.

La mujer se acerca a Mar con los brazos abiertos.

—No me abrace, por favor.

Una vez dentro del edificio, Mar intenta encontrar a J. J. La casa es muy grande y tiene dos plantas. Comienza por la de arriba. Busca la sala Amanecer o la sala Esperanza; allí no están. Tampoco se cruza con ninguna persona en esa planta, aunque casi prefiere no tener que preguntarle a nadie por J. J., ni por «Conecta con tu esencia» (sin Re). Esos nombres la hacen sentir ridícula. La planta baja es más amplia que la segunda. Además de aulas, están las zonas comunes. Un comedor con unas diez mesas redondas, una sala con una tele y un gran salón con dos sofás y una mesa de billar. Serán todo lo ridículos que quieras, se dice, pero no se lo montan nada mal. En el salón hay tres personas, pero prefiere darse la última oportunidad de encontrar a J. J. por sí misma y no les pregunta nada. Y hace bien, porque, en cuanto pasa de largo de la gran sala, se topa con el salón Esperanza; en la puerta, pegada con celo, una cartulina impresa donde puede leer: «CONECTA CON TU ESENCIA Bienvenid@s».

«Lo encontré».

En la puerta hay una pequeña ventana de vidrio, a través de la cual puede verse el interior del aula. La estampa que ha presenciado al llegar, a la sombra del árbol, se repite aquí dentro: unas diez personas vestidas con la misma camiseta (nadie desnudo esta vez), sentadas en el suelo de la sala, atienden a un hombre que les habla (Mar supone que es J. J.). No quiere interrumpir la clase y espera fuera a que termine, durante unos diez minutos. Cuando la sesión acaba y los alumnos abandonan el aula, Mar entra a hablar con el hombre, que se ha quedado recogiendo y ahora está desmontando un proyector.

—Hola, ¿es usted J. J.?

—Yo mismo, pero, por favor, no me llames de usted. ¿Qué querías?

—Buenas tardes. Me llamo Mar y soy la exmujer de Raúl Cabeza.

—Dígame. —J. J. se tensa al oír ese nombre. Su tono ya no es afable con ella.

—Como ya debe saber, Raúl murió asesinado el año pasado. —Mientras habla, Mar apoya el pesado maletín en una mesa de la sala.

—¿Qué es lo que quiere? Yo ya hablé con la policía —responde J. J., alternando la mirada entre Mar y su maletín.

—Quiero pagar una deuda que tengo con usted.

La respuesta de Mar parece sorprender a J. J. durante unos segundos, pero este enseguida vuelve a su actitud evasiva.

—Usted no me debe nada a mí. Por favor, tengo un taller en unos minutos.

—Ya, un «Taller de ternura», ¿no?

—Puede reírse todo lo que quiera.

—No me río, todo lo contrario. Su trabajo y la muerte de mi exmarido me han hecho ganar mucho dinero.

J. J. calla.

—Es cierto, ¿verdad, J. J.?

—¿A qué ha venido?

—Ya se lo he dicho: a saldar una deuda.

Mar deja de hablar y abre el maletín. Los ojos de J. J. también se abren al ver el interior.

—Creo que con esto estamos en paz.

—Usted no me debía nada —responde J. J. sin dejar de mirar al maletín.

—Como le he dicho, lo que ocurrió con mi ex y su trabajo, al menos una parte, me han hecho ganar muchísimo más que esto, ¿o lo niega?

J. J. no responde. Ya no mira hacia la mesa, sino a los ojos de Mar. Se sostienen la mirada durante unos segundos, hasta que ella decide abandonar la habitación, dejando a J. J. y al maletín tras de sí.

—Siento su pérdida —dice este a modo de despedida.

Mar no se gira para responderle.

—No. No la siente.

Y abandona la casa mucho más ligera. Como si ese male-
tín hubiese pesado una tonelada.



1

Un año antes Cráteres

Sábado 6 de agosto de 2022. 19:00 h. Hotel Diagonal Zero. Sala América. Tres horas y media para el desenlace.

— **E**l *coaching* está de moda, no cabe duda. Es la profesión en alza. La Asociación Española de *Coaching* expidió en 2022 más de 100 certificaciones. Con la progresión que vengo observando, calculo que en dos años esa cifra se habrá triplicado.

La sala de actos está abarrotada. Mundo *Coaching* 2022 está a punto de concluir. Tres días de ponencias, cenas, *cocktails*, presentaciones, talleres. Y en *bendito* presencial. Esta noche, la guinda

—En una década, más de la mitad de la población será *coach*, y en 20 años, la cifra de *coaches* certificados superará a la cifra de seres humanos.

El público ríe. Fernando, de mantenimiento, da un repaso al suelo de la parte de atrás del escenario. Esta noche termina la convención, y mañana mismo empieza la de los médicos.

—En un futuro no muy lejano, no solo perros, gatos, caballos y otros animales domésticos serán *coaches* —risas—: prácticamente todos los electrodomésticos del hogar, como la plancha, la batidora o el horno, y muchos elementos del mobiliario urbano, tales como las farolas y los semáforos, podrán ser capaces de realizar completos y complejos procesos de *coaching* (certificados).

Fernando también ríe, igual que el público asistente. Son majos los *coaches*, piensa mientras cierra el armario de los trapos. El tipo que habla es gracioso. Le suena su voz, pero no logra ubicarlo. La convención es de las de presupuesto tirando a alto, así que es más que probable que el orador sea un monologuista de la tele. «A ver si termino pronto y puedo echar un ojo al escenario...».

—De hecho, en los siglos venideros, no quedará casi ninguna entidad en la Tierra (montañas, ríos, volcanes, lagos, cordilleras) susceptible de dar o recibir *coaching*. —Risas y algún silbido—. El propio planeta Tierra será *coach* certificado y los demás planetas (los que todos conocemos, pero también los que quedan por descubrir) también lo serán.

»Todos los habitantes de la Tierra estaremos inmersos en procesos de *coaching* que estarán inmersos, a su vez, en procesos de *coaching* que, en última instancia, formarán parte de un proceso de «*coaching* planetario» que, a su vez, formará parte de un infinito proceso de *coaching* universal.

Fernando ha terminado por hoy. Se dirige a la entrada lateral del escenario (a ver quién es el cómico, es muy bueno) cuando observa algo a su izquierda que le llama la atención. Podrían ser unos zapatos. Está muy oscuro. Unas cajas lo tapan, pero parece que hay alguien tumbado en el suelo. Se acerca a mirar. En efecto, ahora puede ver dos piernas. Es un hombre (por los zapatos) tumbado boca abajo. No es normal.

Se acerca más, pero con cautela. No puede ser nada bueno. Un desmayo o algo peor...

—Pero no solo los seres vivos y las cosas serán *coaches* (certificados). En el siglo XXIII, los conceptos y las entidades intangibles, tales como el terror, los *déjà-vu*, los rumores o el empoderamiento, podrán realizar procesos de *coaching* a todo aquel que pudiera pagarlos (a propósito, cabe comentar aquí y ahora que se calcula que el propio dinero alcanzará el estatus superior de *coach* certificado por la Asociación Internacional de *Coaching* y Psicología a mediados del año 2.700).

Fernando ya no se ríe. De hecho, ha dejado de oír a la gente reír y el monólogo apenas es un eco lejano. A sus pies hay un hombre sobre un charco de sangre. Está muerto. No necesita acercarse a él para saberlo, su cabeza está completamente *chafada*. No destrozada o rota, la palabra exacta es chafada. Nunca va a olvidar esta imagen. Su mente, traicionera, lo lleva a una escena de una película que le impactó cuando era niño. Una peli de Marcello Mastroianni en la que un tanque aplasta a un hombre y los restos del cadáver, igual que la cabeza que tiene ante él, quedan chafados por completo en el suelo. Y de golpe piensa en el Coyote, el del Correcaminos. «Mi mente es muy cabrona», se dice segundos antes de vomitar.

**20:00 h. Comisaría de los
Mossos D'Esquadra de Sant Adrià del Besòs**

—Tomás, no tienes nada, ¿verdad? Tè vas con Tommy al Diagonal Zero. Nos ha llamado la sala Regional. Resulta que la directora ha llamado al 112: se ha personado una patrulla y han comprobado que hay un hombre muerto. Reciente, por lo que me han explicado. Parece que le han machacado la cabeza.

—¿Otro intento de atraco a la salida?

—No, parece que lo han agredido dentro del hotel.

—¿En su habitación?

—No, hay una convención de *coaches* y parece que han encontrado al sujeto detrás del escenario con la cabeza machacada.

—¿Una convención de coches?

—No, joder, de *coaches*.

—¿Qué son *coaches*?

—Joder, Tomás. Tommy, anda, explícale al tocho de tu compañero qué es un *coach* mientras vais para allá.

Mientras Tomás conduce hacia el Fórum, su joven compañero le explica:

—El año pasado pudiste tener unas sesiones de *coaching* pagadas por la *Gene*, debiste de ser el único de la comisaría que no las aprovechó.

—Ah, *collons*, la pollada esa. Un puto timo.

—Vale, lo que tú digas, pues a mí me vinieron muy bien.

—Yo no necesito que un vendehumos me diga que tengo que ser positivo y que puedo hacer todo lo que me proponga. Dile al tipo de la cabeza machacada que vamos a ver ahora que sea positivo.

—De verdad, no se puede contigo.

—Sí, Tommy, que sí se puede hombre, ja, ja, ja. Qué poco *coach* eres, ¿no?

—OK, lo que tú digas. Ya estamos. Vamos a ver qué ha pasado.

Hotel Diagonal Zero.

La patrulla, compuesta por dos *mossos* uniformados, espera a los dos detectives en la puerta trasera del hotel. La directora, Marta, está con ellos.

—Gracias, Albert. Nos quedamos aquí esperando al juez de guardia y al forense, podéis iros —le dice Tomás, el más

mayor de los detectives recién llegados, a uno de los jóvenes *mossos* que los esperaban.

La patrulla se va, dejando a los dos policías de paisano con Marta. Es una mujer de mediana edad, muy atractiva, y, por lo menos en apariencia, mantiene una actitud serena. Todo lo contrario que Fernando, el hombre de mantenimiento que ha encontrado el cuerpo, que se encuentra en estado de *shock*. Marta guía a la pareja de policías a través del hotel. La actuación del monologuista ha concluido, y los asistentes a la convención están reunidos en la gran sala de actos, tomando el aperitivo previo a la cena de clausura.

—La verdad es que no he sabido qué hacer —les explica Marta—. Si ustedes me dicen que desaloje, lo hago de inmediato.

—Gracias por su colaboración —responde uno de los *mossos*—. En cuanto llegue el juez de guardia. Mientras, veamos qué tenemos, ¿de acuerdo?

Marta los conduce a través del hotel, utilizando atajos y puertas de servicio hasta llegar a una gran sala en forma de anfiteatro con un escenario.

—Caray, es enorme.

—Sí, Tomás. —A Marta le ha parecido simpático que los dos ¿inspectores? de los *Mossos* se llamasen igual. Y, como buena profesional de la hostelería, ha visto la ventaja del asunto. Puede llamar a sus huéspedes accidentales por su nombre desde el minuto uno sin miedo a equivocarse—. Tiene una capacidad de unas trescientas personas, y en esta convención hemos hecho pleno.

—¿Tiene una lista de los invitados?

—Por supuesto, y tengo una copia impresa para ustedes —responde la directora mientras abre una pequeña puerta que se encuentra a la derecha del escenario. La luz es muy escasa una vez atraviesan esa puerta—. Aquí solo pueden

acceder los empleados del hotel y los ponentes, que tienen un pequeño camerino allí —explica señalando otra puerta al fondo—. Pero el hombre muerto está por aquí.

Se le hace extraño pronunciar las palabras «el hombre muerto», pero ha pensado que decir «el cadáver» o «el cuerpo» eran expresiones muy de película. Intenta mantener la calma con los policías y no hacer (mucho) el ridículo. Aunque, en realidad, envidia a Fernando, el de mantenimiento, que ahora se estará tomando una manzanilla en la cocina gracias a su ataque de ansiedad.

Al atravesar la cinta que la patrulla ha colocado para proteger la escena hace unos minutos, los tres notan un fuerte olor a vómito. Es la comida medio digerida de Fernando, desparramada a un metro del «hombre muerto».

—Bueno, su empleado tuvo el detalle de apartarse lo suficiente para vomitar lejos del... ¡Hostia!

La expresión de Tommy al ver lo que, hace apenas una hora, hizo vomitar al hombre que está ahora en la cocina tomando, en efecto, una manzanilla alerta a su compañero Tomás, que, aun avisado, no puede evitar un...

—*Collons.*

El hombre del suelo tiene el cráneo chafado. Como si una miniapisonadora le hubiese pasado por encima. Marta, que ya vio el cuadro hace un rato, se encuentra a un metro de los dos policías. No necesita volver a verlo. Le parece un milagro que no se desmayase entonces (no lo descarta aún), y no quiere tentar a la suerte delante de ellos. Se esfuerza por mantener una imagen de profesionalidad.

—Ya lo ven.

—Ya lo vemos. Tomás —en comisaría, tanto él como el resto de los funcionarios llaman a su compañero Tommy para evitar confusiones entre los dos, pero este último no quiere que las personas de a pie se dirijan a él con ese nombre informal—, la patrulla ya habrá sacado alguna foto antes, pero

no estaría mal que sacases alguna más. Marta, vamos a hablar al escenario. ¿Ha entrado alguien aquí desde que Fernando encontró el cuerpo?

—No, aparte de sus compañeros. Me he encargado personalmente de ello y hemos cerrado con llave todos los accesos a la parte de atrás.

—¿Cuántos accesos hay?

Mientras Marta responde las preguntas de Tomás, Tommy inspecciona el lugar con cuidado de no contaminar la escena y saca fotos de cada detalle. No tarda en localizar lo que parece la herramienta (llamarlo *arma* no le resulta adecuado) que se ha utilizado para la masacre. Se trata de una gran maza, probablemente de demolición. Una herramienta rara para un hotel, aunque tampoco es imposible que dispongan de una, reflexiona, si en el pasado hicieron obras y esta hubiese quedado almacenada. La maza está a un metro escaso del cadáver. Tiene sangre y pelo. Y piel. Alrededor del hombre hay mucha sangre y restos de lo que fue su cabeza. Pero está todo pulverizado. No hay fragmentos de cráneo más grandes de diez centímetros. El suelo está lleno de agujeros. La maza ha hecho estragos, sobre todo en el espacio donde antes estaba la cabeza del hombre; ahora hay un agujero de unos tres o cuatro centímetros de profundidad y del diámetro de un balón de fútbol. Alrededor de este, los agujeros se suceden, disminuyendo en tamaño conforme se alejan del cuerpo. Tommy visualiza lo que ha podido suceder. Parece como si el agresor (es obvio que se trata de *él*, ya que se necesita mucha fuerza para realizar esta hazaña) hubiese comenzado a machacar la cabeza de la víctima y, una vez logrado su primer objetivo, convertirla en una masa, se hubiese dedicado a pulverizar todos y cada uno de los pedazos que saliesen de ella. Y así hasta terminar de convertir la cabeza en un conjunto de cráteres, cada vez

más pequeños conforme se alejan del cráter central, formando un círculo de unos dos metros alrededor del cuerpo. Varias certezas pasan por la mente de Tommy mientras hace las fotos. Que se trata de un varón, y no cualquier varón, sino de un hombre muy fuerte; que el crimen tiene un componente personal, la frialdad es lo último que se ha utilizado en esta historia; que ha tenido que suceder con los invitados de la convención lejos del escenario, porque el ruido de la maza contra el suelo no hubiese pasado desapercibido, y que, la próxima vez, Tomás es el que va a hacer las fotos.

Despacho de Marta.

—Muchas gracias por facilitarnos la lista de invitados y la del personal del hotel.

—De nada, Tomás. Y si puedo hacer algo más... ¿Qué hago con el *cocktail* y la cena?, ¿desalojo?

Tomás mira hacia su compañero Tommy, que habla por el móvil en el pasillo, fuera del despacho de la directora.

—Pues vamos a ver qué nos dicen desde comisaría. El juez de guardia debe de estar al llegar.

Como respondiendo a la duda de Tomás, Tommy entra en el despacho.

—¿A qué hora es la cena, Marta?

—A las diez. En cuarenta y cinco minutos.

—Cojonudo... Disculpa, Marta.

—Nada, hombre.

—Decía que nos viene bien. No vamos a desalojar ni vamos a decir nada. Me ha comentado antes que el plan es el *cocktail* de ahora, después una cena. Después de la cena, un concierto y al final, discoteca. Todo dentro del hotel, ¿verdad?

—Exacto. Pero trátame de tú, por favor.

—OK, pues tú llámame Tommy, que parece que vamos a estar un buen rato trabajando juntos.